

OTRA NUEVA SEMBLANZA

“Asido al ideal de la armonía,
fue un hombre libre, porque fue diverso.”

“Seashells remind us that every passing life
leaves something beautiful behind.”

Y digo otra, porque esta vez, desde la nostalgia y el recuerdo me he sentado de nuevo junto al ordenador para hablar de alguien tan cercano a mí. En esta ocasión me resulta más doloroso que cuando prologué el *Homenaje* que tan generosamente editó la Universidad de Alicante, cuando el Dr. Marcos se jubiló. Ahora, intentaré dejar a un lado el espacio de los sentimientos, intensos y vivos a los que actualmente estoy asida, a su anhelada presencia, para tratar de ser objetiva. ¿Lo conseguiré?...

Lector que te acercas a esta página introductoria del número 50 de la *Revista Canaria de Estudios Ingleses* —cuyos primeros pasos tan cuidadosamente gestionó él antes de dejar esas bellas Islas Canarias en las que pasamos siete años de nuestra vida universitaria y de los que quedan en nuestra memoria tan dulces recuerdos... Acabo de leer esa magnífica obra, que me han hecho llegar en mano, *Traditions and Innovations: Commemorating Forty Years of English Studies at ULL (1963-2003)*, y no puedo por menos que agradecer las sentidas palabras de tantos de vosotros al recordar nuestra contribución al desarrollo del Departamento de Inglés de la Universidad de La Laguna. Me ha emocionado leer frases como estas: “Many images and voices, shaded into memories, may have emerged on the mind of the reader, like sparkling ghosts in a swoon of forgetfulness”... Gracias a todos por recordarnos en vuestros artículos con una fidelidad tan poco común. No quiero mencionar aquí ningún nombre; todos aparecen dignamente representados en un libro cuya lectura le hubiera llenado a él de sano orgullo, de haber podido llegarle a leer. Gracias, en su nombre, por el regalo de vuestro incesante trabajo, colegas y amigos queridos, y por seguir pensando en nosotros —pasado más de un cuarto de siglo— como si de ayer se tratara. Nadie mejor que vosotros supisteis de su entrega y de la ilusión y tenacidad que puso en lograr que el Departamento de Inglés de La Laguna fuera uno de los mejores de todo el país. Creo —sinceramente— que lo consiguió.

Después vino el período de Alicante, cuya especialidad comenzó a nuestra llegada y juntos emprendimos la aventura de crear un Departamento nuevo. Conta-



mos con la ayuda inestimable de amigos y discípulos con los que compartimos ilusiones, horas de intenso trabajo y dedicación que se vieron más que reconocidas no sólo en el libro *Homenaje* que he mencionado sino en la máxima condecoración a la que puede aspirar un profesor: la Medalla de Oro de la Universidad, que él guardaba cuidadosamente como el galardón más bello que le ataba a esa ciudad de la luz, “Lucentum”, que nos acogió como a unos más del terruño y con los que fue tan enriquecedor trabajar. No puedo dejar de recordar aquí a E. Alcaraz, R. López Ortega, L. Mateo, Brian Hughes —que tan prematuramente nos dejó— J.A. Álvarez Amorós, María C. Vidal, F. Rodríguez, María V. Guillén, J. Mateo, y un largo etcétera de compañeros que —aunque no cito— están igualmente presentes en nuestro afecto.

Después llegaron los años de profesor emérito, primero allí y posteriormente en la UNED, en la que estuvo destinado desde 1990 a 1993. Estos últimos años del ejercicio de la docencia universitaria fueron también muy intensos. Colaboró en la dirección y elaboración del material didáctico dentro de los cometidos asignados por el Departamento y aprovechó ese tiempo para seguir publicando, algo que tanto anhelaba, pero que siempre había tenido relegado por atender a sus alumnos y gestionar las múltiples actividades que llevó a cabo en las aulas universitarias.

El Instituto de Estudios Madrileños Europeos en Madrid le editó *Un diplomático inglés en la corte de Isabel II de España (1801-1871)*. Esta obra, de agradable y erudita lectura, narra los acontecimientos más destacados de Henry Bulwer Lytton, hermano del autor de *Pelham* y de *The Last Days of Pompeii*. Personaje importante en dicho período, conocía bien —por su profesión— los entresijos de las distintas cortes europeas. Las múltiples facetas de su rica personalidad y el desempeño de su carrera le hicieron acreedor de encendidos elogios por parte de destacados políticos, especialmente Palmerston. Sus obras fueron objeto de críticas favorables que aparecen dispersas en la prensa y revistas de su tiempo. Entre los muchos datos que en el libro se recogen, resalto aquella página donde Bulwer Lytton hablaba de la medida aplicada en el siglo XIX para determinar los méritos de un hombre. A este respecto cita las palabras de un filósofo francés según el cual, para inquirir acerca de una persona, en España se preguntaba: ¿es un grande de primera clase?; en Alemania: ¿puede participar en las sesiones capitulares?; en Francia: ¿está bien visto en la corte? y en Inglaterra: ¿qué clase de hombre es? Bulwer Lytton asegura que “Inglaterra era entonces el único país que valoraba al hombre en lo que valía por sí mismo”. En Francia, por el contrario, se le aplicaban los cánones de la corte, epítome del desenfado, la alegría y, sobre todo, la frivolidad.

He extraído esta cita casi anecdótica porque resalta algo a lo que Pedro Jesús siempre concedió especial valor: al hombre, a la persona, por encima de otros parámetros académicos.

Y recojo aquí las palabras de un discípulo suyo de las Islas: “...Estoy seguro de que me encontraré otra vez con el Dr. Marcos y entonces seré capaz de decirle las muchas virtudes que me enseñó a leer en esas páginas de la vida, que compartimos aquí en La Laguna durante los años setenta del siglo XX. Hasta el punto de que yo pretendo que sus méritos sean también mis méritos”... “Decía Ralph W. Emerson en uno de sus ensayos que “When the spiritual energy is directed on something

outward, then it is a thought.” Pienso que eso fue lo que hizo exactamente el Dr. Marcos, inundarnos con su luz para que pensemos sobre nuestra relación con la naturaleza, con los demás. De ahí que ahora me acuerde de que él siempre me empujaba a tener capacidad de juicio y elección a través de la instrucción y la metodología precisa. Pero siempre, por encima de todo, el concepto de integridad tanto aplicado a nuestro intelecto como a nuestras propias ambiciones en este mundo... Su aproximación tan respetuosa y generosa a la vida la trasladó al ambiente académico, donde nunca dejó de alentarnos para que nos superáramos y persiguiésemos la excelencia universitaria. Sus tareas como docente, investigador y gestor universitario no han sido olvidadas...”

Otro compañero, nada más conocer la noticia, me decía: “Van a ser las diez de la noche. No pude escribir estas líneas antes. Y a esta hora, quiere apoderarse de mi mente y corazón la línea del único Juan de la Cruz: “Porque es de noche”... Seguro que estaba pensando en esa noche oscura que tenía que estar invadiendo el alma de cuantos habíamos caminado junto a él, en tantas etapas de la vida, en las que habíamos gozado de su cálida presencia, su sonrisa irónica, su fuerte carácter y —al final— su mansedumbre. En esos cuatro largos años de pruebas físicas por las que hubo de pasar había aprendido esa virtud tan poco connatural a un espíritu dinámico, exigente consigo mismo y con quienes le rodeaban: la virtud de la humildad, la sencillez, el aceptar silenciosa y reposadamente que tenía que pasar por una etapa personal de sufrimiento para estar más cerca de la luz, después de pasar por su noche oscura.

Fue un regalo de la vida convivir con un ser tan “extraordinario en lo ordinario”, que no conocía la palabra rencor, porque —al ser tan vitalista— expresaba sus sentimientos sin ambages y luego seguía siendo amigo del amigo, del que tenía a su lado. Era correcto con los poderosos y cercano con los humildes. Quien sólo conociera las aristas de un luchador nato, desconocía la ternura y sencillez con que sabía escuchar al necesitado de su palabra, de su sonrisa y de su saber.

Pero las obras más importantes de estos últimos años fueron —sin duda— las realizadas en colaboración con Juan de la Cruz y Ángel Cañete. Fueron unos diez años de trabajo en equipo que desvelan con impresionante rigor el entramado lingüístico, cultural y literario de períodos menos conocidos por el estudioso de la filología inglesa. Son obras de auténtica envergadura y lo más admirable es percibir la dimensión didáctica en una materia que siempre había resultado ardua y que se miraba con recelo por el alumno, por las dificultades inherentes a la visión diacrónica de aquella lengua.

Por eso es un placer —incluso para la vista— contemplar la edición esmerada y cuidadosa en extremo de estos dos libros. Me vas a permitir, paciente lector, que te transcriba el comentario al poema *Pearl* que tanto le fascinaba al Dr. Marcos y que tanto me dice a mí ahora en estos momentos: “...estamos ante un elaboradísimo esquema métrico, cuyo artificio, sin embargo, no es óbice para un intento serio de exploración en un tema tan difícil como es la vida ultraterrena y tan delicado como el sentido de pérdida de un ser querido, posiblemente una hija arrebatada al soñador con la tierna edad de dos años, su “perla” (el poema está enmarcado en la convención de la visión onírica). La sutileza formal es mayor aún, ya que refleja la



propia naturaleza de una perla con sus varias capas o estratos en que concéntricamente se ha ido formando. Así el primer verso del poema y el último verso que lo cierra, aunque diversos, coinciden sustancialmente... Y también las estancias están conec-tadas con estribillo de palabras idénticas o afines (“echo and refrain”) a modo de engarce. Lo importante es que todos estos reflejos de “perla” apuntan a la estrategia metodológica que se ha propuesto el poeta a través de la elocuente doncellita: ir revelando paulatinamente, a veces corrigiendo y a veces precisando, el alcance o amplitud de las verdades espirituales que el soñador se siente impelido a explorar y para las que no hay medio material perfecto de expresión. Sólo aproximaciones “cual es posible en esta vida”.

La doncellita, tutora celeste del soñador que, por su condición mortal, sólo entiende lo material o más bien “las constantes del presente orden”, tiene una ardua tarea para comunicarse desde la otra orilla de la vida. Es excesivo el dolor del soñador, ella está mejor en la Jerusalén eterna. ¿Tan joven se ha convertido en reina? En el reino de la “cortesía” (término que se recorta y redondea, como llegando al centro de una perla) todos son reyes y reinas sin merma para la justicia, etc., etc. Aunque no accede a entenderla cabalmente, el aprendiz de eternidad ve a su perla... Convencido y aún en el camposanto que la había albergado, trata de lanzarse al río que lo separa de ella, para alcanzar la “otra orilla”. En este momento despierta de su sueño y, a pesar del vano intento de unirse a su perla en el paraíso, emerge esperanzado y reconfortado”.

No he podido refrenar mi deseo de alargarme en la cita porque sé lo mucho que él disfrutó traduciendo este poema durante una de sus estancias como investi-gador en la Sheffield City Polytechnic University.

Pero lo fundamental de *Grandes poemas ingleses de los siglos XIII y XIV en edición bilingüe* es la espléndida concepción de la obra que implica una planificación sistemática en sus diversas partes: introducción a la cultura y lengua de la época (Inglés Medio), fonología descriptiva e histórica, morfología comparada y textos con introducción y notas, vocabulario y bibliografía. Esta última parte es —en mi humilde entender— la más valiosa desde el punto de vista didáctico, no sólo por la perfección con que se ha realizado la traducción, sino por la minuciosidad con que las notas esclarecen todo tipo de dificultades. Por sólo citar un ejemplo, en la aclaración que se hace de la traducción del verso 2752 de *The Canterbury Tales*: “The pipes of his longes gonne to swell” (“Los conductos pulmonares se entumecen”), además de ofrecerse una serie de precisiones en cuanto a la morfología de “gonne” (pretérito de —“ginnen”, etc.) se hace hincapié en el sentido incoativo o puramente temporal que lleva implícito: “se inflamaron”, y —para una mejor comprensión del vocablo dentro del contexto— se reproduce un gráfico con la fisiología antigua y medieval (galénica), según el cual la sangre se renovaba continuamente a partir del hígado, pero no “circulaba” en contraposición a la fisiología moderna...

Como bien dice Juan de la Cruz —indiscutiblemente el mayor experto en temas de diacronía de la lengua inglesa en nuestro país— gracias al milagro de la escritura y el saber humanístico, hoy podemos arrancarles a estos poemas “la voz que les dio vida y hacer que suene en nuestro oído interior su ritmo y tintineo, recuperando en cierto modo la “música callada” que atesoran silenciosos, pues



populares y pegadizos eran los moldes en que se vertieron”. De esta forma, en tan esmerada edición bilingüe puede el lector “andar a sus anchas de uno a otro medio, explotando y desafiando con gusto y sin prejuicios las posibilidades del lenguaje y sensibilidad humanas, capaces de traspasar fronteras geográficas y barreras lingüísticas”.

Pero si este libro tiene un enorme valor, pienso que todavía le supera el *Inglés antiguo: base de la filología inglesa. Una visión comprensiva desde la historia hasta la lectura bilingüe de los textos anglosajones*, en cuanto a la capacidad de los autores para desentrañar las dificultades y aquilatar los conceptos, hasta llegar a las raíces de la lengua inglesa, a sus fuentes más prístinas, con una profundidad, sencillez y claridad verdaderamente sorprendentes.

El vídeo que realizó sobre estas dos obras el CEMAV recoge con armoniosa riqueza visual toda la belleza entrañada en los poemas. El Departamento de Arte de la UNED colaboró también para que las imágenes proyectadas adornaran los textos literarios con una ambientación histórico-social muy lograda.

Disculpadme, si me he excedido en mis comentarios y una vez más se cumple aquello de “ex abundantia cordis, os loquitur”. He querido reflejar aquí algunos aspectos de un hombre que —dentro de sus limitaciones— fue admirable. Hoy ya sus restos reposan en Valladolid, la ciudad castellana que él tanto quiso y a cuyo adiós final acudieron autoridades académicas y un sinfín de amigos y antiguos alumnos de la que fue su primera universidad. Y acudieron para expresarle su afecto por última vez en aquella otoñal mañana del 8 de octubre de 2004. Como él escribió en la nota necrológica dedicada a nuestra inolvidable compañera Patricia Shaw, también a sí mismo se le podían aplicar —parafraseándolas— las palabras del epitafio de Virgilio:

“Mantua me genuit, Calabri rapuere, tenet nunc Parthenope...”

Gracias, amigo, esposo, padre ejemplar de nuestros hijos y compañero de tantos viajes... Te sigo recordando y el resto es —también— silencio.

Madrid, 13 de noviembre de 2004
Asunción ALBA